

Ética y Trabajo Social en el Mercosur

Ética e Trabalho Social no Mercosul

Ethics and Social Work in the Mercosul

R esumo

Palestra apresentada no Painel Central “Direitos Humanos e Questão Social nos países do Mercosul”, no I Seminário Regional Sobre Ética e Trabalho Social. A palestra representou a Associação de Assistentes Sociais do Uruguai-ADASU. Optei por respeitar suas características, na medida que, trasladando-as a um formato de artigo, poderia fazer perder a riqueza das formas de expressão. Como é assinalado pela convocatória do Seminário, neste trabalho preocupo-me, em especial, com as transformações econômicas, socioculturais e políticas deste fim de século e com os desafios teóricos, metodológicos e éticos, que estas colocam ao Trabalho Social. Transmito uma mensagem de esperança e compromisso para o coletivo profissional da região.

Palavras-chave: ética, trabalho social, direitos humanos, questão social, Mercosul.

A bstract

This text is a literal rendering of the lecture delivered at the Central Panel “Human Rights and Social Matters in the Mercosul Countries” – First Regional Seminar on Ethics and Social Work in the Mercosul. The lecture was delivered on behalf of the “Associação de Assistentes Sociais do Uruguai” – ADASU (Uruguayan Association of Social Workers). The choice for the literal rendering stems from a wish to retain the form and richness of the original talk. In tune with the main topic of the Seminar, the paper is concerned with the economic, sociocultural and political changes of the end of the century and with the theoretical, methodological and ethical impact of such changes upon Social Work. A message of hope and commitment is conveyed to the professional community of the region.

Key words: ethics, social work, human rights, social matters, Mercosul.man rights, social matters, Mercosur.

Mónica Solange de Martino Bermúdez

Asistente Social, egresada de la Escuela Universitaria de Servicio Social – Montevideo, Uruguay.

Master en Sociología – Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas (IFCH) de la Universidad Estatal de Campinas – Unicamp, Abril 1996.

Doctora en Ciencias Sociales – Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas (IFCH) de la Universidad Estatal de Campinas, Julio de 2000.

Docente e Investigadora del Dpto. de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República, Montevideo – Uruguay.

Integrante del Área de Familia e Infancia del Departamento de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República, Montevideo – Uruguay.

Docente del Centro de Estudios y Formación del Instituto Nacional del Menor, Montevideo – Uruguay.

La convocatoria que hoy nos reúne remite a diferentes aspectos y preocupaciones estrictamente disciplinarias, de cara a la nueva fase de la integración regional que procesan nuestros países, cuyo indicador más fiel es la conformación del Mercosur. Apparentemente mucho se ha dicho y debatido en torno a este tema y, en especial, en relación al telón de fondo en el que se desarrolla: la globalización económica y cultural del planeta.

No es necesario describir lo que todos saben: esta nueva fase del desarrollo capitalista implica un crecimiento de los flujos de comercio de bienes y servicios y de la inversión internacional. El resultado de esto es un cambio cualitativo en el carácter de la producción industrial, vivenciamos ahora un sistema integrado transnacional de producción. El capitalismo alcanza el objetivo al que se orientó desde su origen en la Revolución Industrial: la etapa de la internacionalización de la producción. La novedad histórica consiste en que el impulso a la integración del capitalismo – que es su lógica fundamental y subyacente – no sólo se realiza a través del comercio, sino que ahora se profundiza por esa producción industrial transnacional, al amparo de una matriz tecnológica fuertemente revolucionada en el ámbito de las comunicaciones e informática.

Desde el comienzo en 1986 y luego más aún, a partir de 1990, la integración en el ámbito del Mercosur tiene un fuerte perfil político. La consolidación democrática y la necesidad de potenciar la capacidad de negociación a nivel internacional, consituyen fuerzas motoras para la construcción del Mercosur. Este responde a una visión estratégica coincidente de cada uno de los socios en cuanto a los requerimientos de su modernización política y económica y a los de su inserción competitiva en un contexto global.

Como ha ocurrido en otros casos de regiones naturales, el punto de partida es el interés nacional de cada socio.

El Mercosur es parte de un fenómeno contemporáneo de integración voluntaria entre naciones soberanas que comparten una región geográfica e histórica y que se plantean un proceso continuo de trabajo conjunto.

Trabajo conjunto de integración que requiere una legitimidad interna que deberá construirse a pesar que la dinámica de los cambios ocurra a una velocidad mayor que la capacidad de comprensión de los simples ciudadanos. Para alcanzar tal legitimidad el mayor desafío sea, tal vez, "el pasado" de estas naciones, caracterizado por la desunión y el recelo, más allá de todo lo compartido como región (CALDEIRA, 1997). Un pasado que, especialmente durante el Siglo XIX y hasta la Guerra de la Triple Alianza, vergüenza de la que poco se habla, alienta identidades nacionales – tan problemáticas para todos los países involucrados – a partir de la satanización del otro. Caldeira (1997) coloca ejemplos al respecto: potencia exclavista, dictaduras sanguinarias, "macacos y milongueros". Puntualizando aún más ese desafío de hacernos cargo de nuestra propia historia, podríamos decir que hoy es fundamental actualizar nuestro pasado común o potencializar nuestra(s) proximidad(es) culturales. Todo ello si pensamos que el Mercosur necesita traspasar las fronteras de la mera economía.

Actualizar el pasado, potencializar las proximidades e incluso las diferencias – ya que existen socios de primer orden y socios accesorios – implicaría, en un primer momento, reconocer que en estos acuerdos económicos la más maciza de las Américas, la América del Sur, encuentra una nueva oportunidad de concretarse como América Latina, expresión que acuñara, en el Siglo XIX, el sucesor de Bolívar, el colombiano Torres Caicedo. Es decir, reconocer en la implementación del Mercosur una nueva oportunidad de plasmar ese "origen bifronte castellano-portugués". (METHOL FERRÉ, 1997a, p. 34). No podríamos entender la potencialidad cultural y política del Mercosur sin remitirnos a aquella matriz estructurante luso-castellana.

He aquí un nuevo horizonte que por o a pesar del Mercosur, debe definirse: integrar esa conciencia histórica que, hasta ahora, parecería que se muestra dispersa o ignorante de su propia totalidad. Los acuerdos económicos son solo eso, es cierto, pero percibir la región de manera abarcativa, tener una visión integral de la misma es un prerequisite que la unión económica coloca tal vez de manera no explícita o de manera unidimensional.

Los albores del Siglo XXI – que ya están siendo vividos según Hobsbawm – señalan la necesidad de legitimación de un proyecto que no puede realizarse superponiendo historias particulares. Más allá de colocar la integración económica como insoslayable y "neutral" ante las tendencias mundiales observadas, lo cierto es que esta nueva fase de la integración regional reclama y remueve la historia de nuestros pueblos a partir de nuestras propias particularidades. El economicismo imperante en estas fases del Mercosur pueden eludir estas cuestiones pero no puede omitirlas ya que son obligadas tareas postergadas desde la época de la Conquista.

Es cierto que la consolidación democrática – luego de la era de gobiernos de facto que asolaron a América del Sur – y la necesidad de potenciar la capacidad de negociación a nivel internacional constituyen fuerzas motoras para la construcción del Mercosur. Éste responde a una visión estratégica coincidente de cada uno de los socios en cuanto a los requerimientos de su modernización política y económica y en cuanto a los de su inserción competitiva en un contexto global. E implica profundos desafíos que los países socios deben enfrentar en cuanto: 1) procesos de consolidación democrática; 2) intentos por transformar sus estructuras productivas para superar cierta obsolescencia tecnológica y 3) la inserción competitiva en el escenario económico mundial.

Desde otra perspectiva, la creación de grandes bloques regionales reforzaría un mínimo de gobernabilidad regional que complementa las habidas a nivel nacional a partir de la fuerte defensa de las formas democráticas de gobierno. Puede interpretarse de este modo la reciente incorporación al Tratado de Asunción de una cláusula de salvaguarda de la democracia política luego de la intentona golpista paraguaya.

En una visión dinámica, la integración no puede ser concebida en función de su producto final, en el que un nuevo todo sustituya a las partes. No se trata de que una nueva unidad autónoma de poder sustituya a las pre-existentes, por el contrario se trata de percibir esta nueva fase de la integración regional como un proceso continuo de trabajo conjunto, en el que cada parte conserva su individualidad y en el que se potencia un proyecto común pero también realidades e identidades nacionales.

Si la integración es percibida de esta manera, la creación de un mercado ampliado o de oportunidades de inversión, son una condición necesaria pero no suficiente. Un proyecto

común se sustenta en la medida que todos los aspectos de la vida social de cada país se involucren con esa nueva dimensión regional. De ahí la importancia de la dimensión cultural, entendida en sentido amplio. O sea, la importancia del Mercosur de los pueblos y de la gente, de la vida diaria, punto de referencia ineludible ante los dilemas y perplejidades que produce un mundo económica y culturalmente globalizado. Pero el Mercosur cultural, de los pueblos y de la gente es aún una leve proclamación discursiva y eso lo sabemos.

Incluso el economicismo imperante en la implementación del Mercosur también se refleja en los objetos de estudio seleccionados por las Ciencias Sociales en general. Así, por ejemplo, esta nueva fase de la integración regional no ha sido analizada desde la perspectiva de sus posibles impactos a nivel de los individuos y/o familias. Tampoco se encuentran presentes las sugerencias de Harvey (1994) en tanto posibles transformaciones en los procesos cotidianos de apropiación del espacio y las prácticas de reproducción de la vida social.

Encuentramos, pues, ciertas dificultades teóricas: cómo enmarcar la rica procesualidad de esta nueva fase de integración a partir de perspectivas tanto socio-estructurales, simbólicas y cotidianas, cuando el momento histórico, con su respectivo cuerpo de conocimientos e intereses – que quieren decir estrictamente intereses científicos, delimita el enfoque de los estudios en otra dirección?

En resumen, realizamos estas apreciaciones, apelando a nuestra historia y nuestros desencuentros, apelando al Mercosur de la gente, en el entendido que hablar hoy de regionalización no significa solamente la constatación fenoménica de un mundo hiper-integrado vía construcción de grandes bloques económicos. Por el contrario, coloca la ardua tarea de repensar nuestro abordaje del espacio y del tiempo, de la relación entre los

lugares y el mundo, entre el sujeto y la cultura. Capital, trabajo, Estados y espacios geográficos, lenguas y técnicas se mundializan. El mundo, como mercado, se unifica, integrando y articulando de manera diferente lo nacional y lo regional. El camino secular que llevó a la sociedad humana a la necesidad de la medida, de la padronización, del orden y de la racionalización derrumba las fronteras pero también invade absolutamente todas las esferas del ser social. Cómo entender estos procesos sin tener presente algunos conceptos claves. Regionalización, globalización implican la máxima expresión hasta ahora alcanzada del trabajo formal y abstracto sin ningún rasgo de humanización y/o subjetividad, la mercancía como forma universal que habilita la mercantilización no sólo de procesos puramente económicos, sino también de las relaciones humanas, de las emociones, de la construcción de las biografías e incluso alcanza a la propia producción científica.

La complejidad y contemporaneidad de estos procesos y sus posibles impactos a niveles macro y micro sociales colocan como requisito básico la necesidad de explicitar con la mayor claridad posible el bagaje teórico, metodológico e instrumental a partir del cuál realizamos nuestras indagaciones.

Algunas reflexiones en torno a la cuestión social

Las actuales condiciones del desarrollo capitalista hablan de una contradicción básica en términos políticos: la convivencia problemática entre sistemas políticos territorializados y la dinámica de un sistema económico de integración global creciente. En palabras de Adda (Apud GÓMEZ, 1997, p. 28) parecería que la llamada globalización es una especie de

[...] revanche do econômico sobre o social e o político [...]

tanto pelo questionamento dos compromissos sociais elaborados pelo Estado de Bem-estar keynesiano quanto pela lenta erosão da autoridade econômica dos Estados, que ilustra, para além das racionalizações ideológicas, a grande onda de desregulamentação iniciada no final dos anos setenta.

Materia opinable, es cierto, parecería que esas nuevas condiciones de desarrollo implican una disminución de la soberanía y autonomía del Estado Nación, tanto en términos de políticas económicas como en su roles de agente del desarrollo económico y garantía de integración social. Este fin de siglo coloca como disyuntivas la idea de autodeterminación de los estados soberanos y la dinámica voraz de la economía mundial.

No obstante, reiteramos, no hablamos de un fin del Estado Nación en la medida, por un lado, continúa siendo fundamental para la implementación de la propia globalización económica y, por otro, existen diferentes situaciones nacionales e internacionales que indican ciertos márgenes de opción a la hora de implementar y priorizar proyectos particulares de acción.

Pero lo que nos interesa destacar en este panorama es, en primer lugar, la disminución de la acción reguladora y legitimadora del Estado. Tres ejes sintetizaron el desarrollo del capitalismo de la pos-guerra: 1) las normas de organización fordista de los procesos productivos; 2) las políticas keynesianas reguladoras de la acumulación, del empleo y del bienestar social; y 3) la consolidación de los derechos de la ciudadanía (de acuerdo al clásico esquema de T.H. Marshall). Símbolos de ese modelo en superación: el pleno empleo, la productividad creciente, los planes desarrollistas, la ampliación de los derechos y la

participación ciudadana en una esfera pública amplia y plural.

Por el contrario, la actual reestructuración capitalista no basa su acumulación en una creciente producción y consumo de masas ni en la distribución del excedente económico a través de políticas públicas o agencias estatales. El mercado, libre y soberano, es recuperado como matriz fundante de la vida social y política, más allá de fronteras y de aquellos valores de equidad y justicia que orientaron la articulación del capitalismo con el Welfare State – Estado de Bienestar – y con la democratización de las instituciones políticas.

Detrás de los procesos de "reducción" del Estado, es decir, de su retirada de la "cuestión social" a partir del recorte de políticas y programas sociales, se oculta también la reducción de los aportes del capital al esquema general de reproducción societal.

En definitiva, diferentes autores indican que esa erosión del papel regulador del Estado provoca la anulación de derechos sociales, la liquidación del patrimonio estatal como propiedad social y el menoscabo de las soberanías nacionales. En otras palabras, el padrón de desarrollo construido a lo largo del siglo se desmorona. Pleno empleo, sistemas públicos de protección social, regulación socio-estatal, el amplio pacto de clases sustento del Welfare State parece estar en contradicción con las nuevas tendencias de acumulación.

Estas tendencias políticas que constituyen el pasaje a un régimen de acumulación flexible se presentan habitualmente como un proceso modernizador y democrático, en la medida que valorizan la sociedad civil, liberándola de las limitaciones paternalistas impuestas por un Estado Protector. En definitiva, la transferencia a la sociedad civil – y también a las familias – de responsabilidades antes colocadas en acciones estatales, vía fomento de iniciativas autónomas constituye una tendencia socialmente

instalada que colabora con la minimización y despolitización de las demandas y luchas democráticas.

Las transformaciones brevemente reseñadas hacen a una crisis global del modelo social de acumulación del capitalismo de pos-guerra y los intentos de superación han derivado en transformaciones estructurales que hacen a un nuevo modelo que incluye por definición: informalidad ocupacional, desempleo, subempleo, desprotección laboral y, en consecuencia pobreza. La población que se incorpora a tales categorías consideradas en términos sociológicos es la que realiza su reproducción en condiciones adversas y/o críticas mientras que, como ya fue dicho, se protege la reproducción del capital. Esta alteración de las condiciones de reproducción deja de ser una disfunción del modelo para convertirse en la contrapartida de su correcto funcionamiento.

Pero lo que queremos sustentar en este ítem es que la crisis global del modelo de acumulación de pos-guerra¹ atribuyó sus propias disfuncionalidades y/o contradicciones a un actor social específico: el Estado Benefactor y su papel económico y redistributivo. Este discurso de satanización y culpabilización del Estado Benefactor – o "crítica conservadora" al decir de Offe (1988) – es el que ha logrado hegemonía a nivel político y cultural.

En otras palabras, la crisis de acumulación se identifica con la "crisis del Estado de Bienestar" ante las propias limitaciones de este último: redistribución de recursos que llevaban a la disminución de sus rentas, prestación de servicios altamente burocratizada e impersonal, etc. Pero cabe resaltar que esta construcción mitificadora de la crisis en la figura del Estado de Bienestar fue y es posible en la medida que este último se constituyó como ámbito privilegiado de la lucha de clases. Es decir, la identificación de la crisis global como crisis de un modelo estatal

se ampara en el privilegiado papel que desarrolló el Welfare State en el amalgamamiento de las contradicciones que surgen entre las necesidades de la acumulación y las necesidades de reproducción de la población. Ubicado estratégicamente entre las condiciones de crecimiento y ampliación del capital, la expansión de los derechos sociales y políticos y el reconocimiento de condiciones de vida mínimas para el conjunto de la población, el Estado de Bienestar se torna en un flanco fácil a la hora de sintetizar responsabilidades y culpabilidades. (GRASSI, 1994).

De manera paralela a la condensación de la crisis en “crisis de un modelo estatal” – Estado regulador y asignador de recursos – se procesa otro mecanismo a nivel de representaciones ideológicas: la autonomía de la economía de la esfera política. Las exigencias económicas – “ajustes estructurales” – se tornan prioritarias en el nuevo modelo y la política se reduce a operacionalizar las medidas de “orden técnico” necesarias para un buen funcionamiento de lo económico. Así, por ejemplo, el debate en torno a la evaluación de las estrategias de superación de la crisis, queda subordinada o se expresa tan sólo a través de la conceptualización economicista del “costo social” del ajuste.

Ambos procesos apuntan, a la construcción hegemónica de las orientaciones normativas y motivacionales del conjunto de la sociedad. En lenguaje gramsciano, ambos procesos expresan la consolidación de una determinada “dirección político-cultural” del modelo en marcha. Esa “dirección político-cultural” bien podría sintetizarse en la neutralización del debate en torno a los “imperativos funcionales” del modelo- entiendase leyes del mercado – y en el bloqueo de la posibilidad de “cuestionar la realidad de esos mismos imperativos (sometiéndolos) a reglas político-normativas”. (OFFE, 1988).

Aparentemente todo discurso construido fuera de la “cientificidad” de la economía en boga queda descalificado.

Es oportuno recordar a Habermas (1975) en cuanto a la contradicción básica a todo Estado ubicado entre la acumulación y la legitimación. El nuevo modelo societal en andamiento no posee solamente una faz económica, constituye también una redefinición total de lo político-cultural y de las relaciones y prácticas políticas. Actores y sujetos sociales se redefinen, se integran y reintegran bajo nuevos parámetros, muy diferentes a los que caracterizaron al Estado Benefactor.

Justo es reconocer el relativo éxito del Estado de Bienestar en términos de la resolución de la contradicción acumulación-legitimación que se expresó en la íntima asociación entre crecimiento económico y seguridad social, entre rentabilidad del capital privado y extensión de bienes y servicios colectivos. (OFFE, 1988). Justo es reconocer también que dicha contradicción se resuelve en otros términos en el nuevo modelo societal. El mercado se torna ámbito exclusivo y legítimo de asignación de recursos y posiciones sociales. Los actores sociales colectivos que viabilizaban la integración son sustituidos por “individuos” cuya integración y/o exclusión se dilucida en el mercado. Los actores colectivos, sujetos de derechos sociales, dejan paso a individuos “libres” que venden – si pueden – su fuerza de trabajo en el mercado, en una tendencia de fuerte individualización.

Podríamos decir que el Estado de Bienestar ocultó contradicciones estructurales bajo sus fuertes impulsos de homogeneización e integración social, pero la igualdad y libertad existían como valores con fuerte positividad. En cambio, este nuevo modelo neoliberal se legitima en base al develamiento y naturalización de la desigualdad. Si el mercado ofrece to-

das las oportunidades necesarias indiscriminadamente y si la sociedad pasa a ser un conglomerado de meros individuos aislados que persiguen sus propios fines e intereses, lógico es reconocer que: 1) el Estado no debe intervenir en el logro de los objetivos personales; 2) existen individuos que alcanzan exitosamente sus metas mientras otros fracasan, existen personalidades más fuertes y otras más débiles en sus intentos de integración social; y 3) los derechos sociales (vivienda, educación, etc.) pasan a ser recursos asignados ahora por el mercado, por lo tanto, el no acceso a ellos es solamente un problema de particulares.

Las contradicciones estructurales pasan a ser, de esa manera, diferencias en las capacidades individuales para lograr una adecuada inserción social. La pobreza, las condiciones adversas o críticas de reproducción pasan a ser así un estado potencial y amenazante, naturalizado e individualizado, oculto bajo el mote “costo social del ajuste”.

En su análisis sobre la situación argentina actual, Grassi, Hintze y Neufeld (1994, p. 22) sintetizan brillantemente este problema de legitimidad en el modelo neo-liberal: “La política de legitimación oscilará, necesariamente, entre el asistencialismo y la represión”. El primero asociado a las habitualmente denominadas políticas sociales focalizadas que apuntan a grupos sociales específicos considerados “débiles” y la segunda destinada al control de posibles e ingobernables estallidos y/o desórdenes sociales. La legitimidad se ampara así en modalidades de intervención estatal que oscilan entre las figuras del “bombero o policía”. (VILAS, 1997).

Es decir, la existencia de esta nueva racionalidad estatal, de nuevas formas de gestión de la pobreza o de ciertas dimensiones de la cuestión social, se traduce minimamente en la compensación para los derrotados,

que en definitiva institucionaliza la exclusión social. La oferta del Estado tiene por objetivo regular la exclusión para desregular la inclusión. Las políticas sociales compensatorias y focalizadas, el apelo a la filantropía e incluso al voluntariado, se combina con la privatización de la inclusión, en la medida que ésta se vuelve resultado de una competencia entre los propios trabajadores.

Desde otro punto de vista, en términos de sociabilidad, los valores de la Modernidad no están superados ni siquiera fueron materializados universalmente, pero las transformaciones culturales, políticas, sociales, etc. alimentan esta perspectiva pragmática de la que hablábamos, esa naturalización de los problemas sociales, que bien puede resumirse en una mercantilización completa de relaciones sociales, materiales y emocionales, la acumulación privada sin trabajo y el individualismo como estado moral universal. Esa naturalización de los problemas sociales – o de la propia cuestión social – de la cual hablábamos bien puede ser interpretada también como el surgimiento de nuevos dispositivos de control y construcción subjetiva de la realidad social. Dos ejemplos alcanzan: 1) la lucha de la pobreza se alcanza con el sacrificio del contribuyente, en otras palabras el costo social del ajuste que refuerza la cultura de la intolerancia hacia los fracasados o despegados del modelo; 2) el estímulo a la corporativización del sentimiento de solidaridad: quien amenaza mi inclusión es aquel que no acepta la universalidad de las reglas de convivencia mercantilizadas.

Brevemente es éste el panorama de este fin de siglo. Pero en el siglo XIX la aventura humana futura era objeto de otras valoraciones

El siglo XX será dichoso. No habrá que temer como hoy una conquista, una invasión, una usurpación, una rivalidad de naciones a mano

armada, una interrupción de civilización por un casamiento de reyes, no habrá que temer un reparto de pueblos acordado en congresos, una desmembración por hundimiento de dinastías, un combate de dos religiones al encontrarse frente a frente, no habrá que temer el hambre, la explotación, la prostitución por miseria, la miseria por falta de trabajo, el cadalso, la cuchilla, las batallas, y todos estos latricinios. Casi pudiera decirse que no habrá ya acontecimientos. Reinará la dicha. Esto auguraba Victor Hugo en "Los Miserables" en el año 1862.

En una primera aproximación, y desde una perspectiva que apunta a las formas de sociabilidad reinantes, este optimismo que provoca sonrisas debe servirnos de alerta, ya que similares optimismos se perciben en los albores del nuevo milenio. La síntesis que en las últimas décadas se ha alcanzado bajo la denominada globalización se define con una mezcla de pesimismo y de optimismo fácil y negador. La perspectiva pragmática parecería que ha triunfado sobre aquella otra ideológica o utópica.

Hoy las expectativas son casi individuales, atomísticas, vía el darwinismo social que nos atraviesa, por ende son menores, y es cada vez más evidente que la sustitución de un sistema de valores universales – razón objetiva – por nuevos valores hiperindividualizados, provoca demandas cada vez más y más insatisfechas y desatendidas y acentúa el divorcio social. Divorcio social que se manifiesta, por un lado, en la característica más original del triunfo del capitalismo: haber logrado que los opuestos históricos elementales, a saber: verdad/utilidad, justicia/injusticia,

explotados/explotadores, dejaran de tener significación, ya que ideologías y utopías parecerían ser vanas y carentes de contenido.

Este mensaje apocalíptico – que hegemoniza la cultura de este fin de siglo – desorienta, confunde y atemoriza y tiene ya el terreno abonado para que la única respuesta posible sea el discurso hegemónico de la globalización, del Nuevo Orden Internacional, del crecimiento económico necesario para una posterior distribución a través de los mecanismos del mercado. Distribución de la que quedarán excluidos aquellos que se encuentran imposibilitados de adecuarse al nuevo modelo, o de adaptarse a los ritmos de los cambios impuestos.

Parecería que la utopía de estos nuevos tiempos es ser libres, vivir en democracia – no importa cuán imperfecta sea – y ya no tener que elegir ni ser consecuentes, en la medida que otros, los personajes políticos que se postulan como portadores de la verdad, los tecnócratas y asesores, alivian la pesada carga de una decisión que debe ser sostenida.

Pero el acto adulto reclama siempre elegir y responsabilidad, como diría Sartre, estamos condenados a la libertad, y por eso mismo a instar a conciencias y resistencias más activas. Desde los albores de la Modernidad, toda idea política o religiosa ha tenido vocación hegemónica y ha pretendido ser idea única, verdadera, universal y definitiva. Así procedieron Roma, Inglaterra, España, Estados Unidos. Pero también es cierto que todo aquellos edificios se derrumbaron, porque como profetizaba Marx, todo lo que es sólido se deshace en el aire.

Y si todo lo sólido se desvacene y si estamos condenados a nuestra libertad, basta pensar en que aún queda un importante acervo de opciones y posibilidades. Recordemos la Batalla de Seattle que abortó la mayor conferencia mundial convocada por la

Organizacion Mundial del Comercio. En las calles de Seattle mostró su vestimenta y su piel multicolor esa entidad hoy olvidada o resemantizada que es el pueblo. Veteranos sindicalistas, tibetanos contra una China en proceso de expansión, delegadas de las maquiladoras que pueblan la frontera Méjico – EEUU, ecologistas, estudiantes, defensores del medio ambiente, indígenas de Chiapas, interrumpieron las conversaciones de quienes han globalizado un mundo incapaz de darle de comer a la por lo menos quinta parte de la población mundial. Para Petras, estos acontecimientos señalaron algo sumamente positivo: el surgimiento de un internacionalismo bajo nuevas formas de hacer política.

A nivel regional, recordemos nuestros propios esfuerzos hoy plasmados en este encuentro, o en las actividades desarrolladas por la Coordinadora de Centrales Sindicales del Cono Sur, en las que participaron sindicalistas de Argentina, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay, una de cuyas declaraciones indica que

"somos contrarios a esa forma de libre comercio que lo único que hizo fue globalizar la miseria y la desigualdad para los trabajadores y trabajadoras de nuestros países".

Los ingobernables de Seattle parece que hacen propia la profecía de Victor Hugo, acusando, como lo hace el escritor Eduardo Galeano en su último libro *El Mundo Al Revés*: "El mundo al revés desprecia la honestidad, castiga al trabajo, recompensa la falta

de escrúpulos y alimenta el canibalismo". Indicando además otras serie de mutaciones o transformaciones que se perciben en torno a la cuestión social:

- 1) La disolución de aquellas identidades clasistas que caracterizaron el capitalismo monopolista en otras identidades particulares: raza, género, afinidades electivas, muchas veces construídas sin una debida articulación con las clases y sin tener en cuenta las bases materiales de su reproducción. Valores y antivalores de aquella cultura fabril se diluye en nuevos tipos de conflictos que obviamente mantiene su importancia pero a veces no logran superar los límites de sus propias definiciones.
- 2) Ante ello, y por otra serie de factores que hacen a las mutaciones en el mundo del trabajo en su faz subjetiva, las formas de intermediación organizada – como partidos y sindicatos – que aglutinaban a las personas en la lucha política y en la vida social, se encuentran afectadas, debilitadas. A esto se suma la irrupción de antivalores que sustituyen la anterior camaradería cotidiana de los obreros de la gran industria. Así, por ejemplo, la competencia entre los propios trabajadores por una mejor calificación/especialización, hoy exigencia máxima del capital, se encuentra en aumento frente a la inestabilidad estructural del empleo.
- 3) Las transformaciones en torno a la propia figura del trabajador, hoy requerido polivalente, más calificado, más subordinado a la empresa, con mayor capacidad de autocontrol, a través de un mayor compromiso con los resultados de la unidad económica en la que trabaja.
- 4) Las formas antiguas y puras de la lucha de clases – en un modelo social en la que la exclusión social era secundaria – hoy encuentra dificultades intrínsecas para plasmarse. En un modelo societal en el que la exclusión es una condición necesaria en la medida que el capitalismo hoy es fundado en un trabajo vivo escaso y además precario, la lucha de clases se expresa entonces más que nada en lucha por la inclusión social. Por eso los múltiples movimientos "sin" – tierra, techo, empleo – expresan un nuevo vínculo entre democracia, igualdad y libertad, pero deben vencer su propio corporativismo para asentar nuevas formas de lucha más abarcativas. La lucha por la inclusión social sintetiza esos principios. Libertad e igualdad que sólo pueden ser iniciadas a partir de la inclusión social, y la inclusión, como mínima expresión de ambas, es condición indispensable para la participación democrática. La amplia gama de excluídos junto a la clase que vive de su trabajo son nuevos y antiguos sujetos de las transformaciones reseñadas y su acceso a la vida democrática es todo un reto radical para que la propia democracia no se degrade.

Reflexiones estrictamente disciplinarias

La complejidad y contemporaneidad de estos procesos y sus posibles impactos a niveles macro y micro sociales colocan como requisito básico la necesidad de explicitar con la mayor claridad posible el bagaje teórico, metodológico e instrumental a partir del cuál realizamos nuestras indagaciones.

Es necesario rescatar diferentes aspectos de la intervención del Trabajo Social ante este panorama complejo. En primer lugar, y hablando de la interna nacional, aunque se han hecho avances aún no hemos podido implementar de manera solvente nuevas formas de pensar lo metodológico. Aunque con avances continuamos manteniendo una estrecha vinculación con modelos formales y abstratos de análisis y abordaje de la realidad, en un proceso que he llamado, de manera nada original, cosificación del método en Trabajo Social, a tono con tendencias civilizatorias más amplias. Con una concepción metodológica que busca más la objetividad de los métodos y no de lo investigado, dejando de lado que por objetividad debemos entender la penetración del objeto para aprehenderlo en sus conexiones esenciales. (ADORNO, 1973).

Por otro lado, el elenco de procedimientos técnicos y operativos aún permanece como un arsenal estandarizado y adecuado per se a todo objeto de conocimiento e intervención e incluso como ajeno a las relaciones sociales y técnicas de producción imperantes en la sociedad. Y este es otro aspecto de lo que llamo cosificación del método.

A modo de ejemplo, y sin entrar en mayores controversias, el trabajo en redes ocupa un lugar privilegiado, hoy por hoy, en el colectivo profesional. Más allá de su riqueza o adaptabilidad, lo que queremos rescatar que tal estrategia metodológica no es ajena a los procesos sociales sobre los cuales hemos hablado. Pensemos lo siguiente, es un momento histórico que se caracteriza por fuertes procesos de desafiliación, al decir de Castel, en el cual el pleno empleo, el empleo estable, ha descendido. Es en un momento histórico donde los recortes presupuestales de los servicios sociales ha implicado la tercerización de los servicios, la disminución del número de

trabajadores sociales y otros técnicos, donde se trasladan servicios a la sociedad civil – vía ONG y/o voluntariado – fragmentando la oferta de los mismos. Es decir, es un momento histórico donde ciertos vínculos y estructuras tradicionales que hacían al lugar ocupado por el Trabajo Social en la división socio-técnica del trabajo se han modificado. Pero en el caso que nos preocupa – la intervención a partir de redes sociales – parecería que es una estrategia ya incluida en el modelo de sociabilidad imperante. Cómo acceder al usuario si ya no podemos hacerlo a través de su empleo, o del servicio de salud al cual concurría a partir de los beneficios sociales que su condición de trabajador le aportaba? Cómo acceder al usuario si la línea es, en términos de Políticas de Infancia, la reducción drástica de los niños y adolescentes bajo responsabilidad directa del estado y con menos personal sin que ello signifique una clara y crítica política de desinstitucionalización con la que estoy de acuerdo? Basicamente el abordaje territorial a partir de redes es el único camino que queda y a ello apuntan las políticas sociales focalizadas. Parecería ser que el lugar de residencia – barrio, etc – es el vínculo hoy más estable para una intervención profesional. Además los excluidos de todo, aún viven en algún lugar. Son ejemplares los textos ya citados de Grassi y su equipo de investigación sobre los Planes Alimentarios en la Argentina menemista (GRASSI et alii, 1994). En consecuencia, tal estrategia metodológica – trabajo en redes, con participación vecinal limitada y puntual – no es autónoma, es un componente más de los procesos políticos y sociales apenas reseñados. No es una alternativa "profesional" libre. Paralelamente también es cierto que todo profesional posee márgenes de libertad, creatividad y crítica.

Tomemos otro ejemplo, nuevas formas de gestionar aspectos de la cuestión social, o de la pobreza. Los

planes CAIF- Centros de Atención a la Infancia y la Familia, en nuestro país, o incluso el Programa Nuestros Niños de la Intendencia, que apelan a la gestión de servicios sociales – jardines de infantes para niños – por parte de sociedades civiles integradas por vecinos y con la participación activa de las familias usuarias. Cabe destacar que la intervención profesional se encuentran sumamente pautada, en términos de aspectos burocráticos – fichas – categorías teóricas utilizadas para los diagnósticos, etc. Qué se oculta bajo esa participación de la sociedad civil? El apelo a la familia a hacerse cargo de las irracionalidades globales del propio modelo. Lo que denomino, en sintonía con Grassi, un neo-familiarismo conservador. La familia refugio, la familia privatizada, producto de una inversión civilizatoria costosísima y amplísima en la que las profesiones asistenciales no fueron ajenas, es hoy llamada a la arena pública, a la participación activa en resolver problemas.

Cuál es el análisis que hace hoy el Trabajo Social sobre estos aspectos? Cuál es su instrumental técnico, cuales las dimensiones políticas y éticas de ese instrumental? Cómo define y evalúa esa llamada a la participación? Cual es su apropiación crítica?

Lo que queremos rescatar es que aún nos debemos un análisis profundo de nuestras intervenciones en el modelo societal hoy superado. Con ese déficit debemos estar atentos: 1) si nuestra concepción de lo metodológico en su más amplio sentido continúa apuntando a una "inteligencia sumisa" a las manifestaciones fenoménicas y empíricas de los problemas sociales que abordamos; 2) a esa supuesta autonomía y formalización de los componentes técnicos y operativos.

Porque de lo que no cabe duda es que en este panorama de fin de siglo se encuentran socabadas o en cuestionamiento las propias bases de legitimación de nuestra profesión. Y

ante ello se hace urgente integrar a un proyecto profesional verdaderamente autónomo: 1) una concepción de lo metodológico como teoría en acción o en movimiento, ya no concepciones formales, abstractas y manipuladoras de lo fenoménico; y 2) componentes técnicos y operativos abordados en sus dimensiones políticas y éticas.

En otras palabras, que no son nuestras sino de Adorno, que nuestra profesión ya no se guía por desideratum práctico-administrativos, por lo disponible sino por la esencialidad de lo que investigamos y sobre lo que intervenimos. Solo de esa manera los diferentes componentes de un proyecto profesional, desde el más abstracto al más instrumental tendrá una dimensión verdaderamente ontológica y emancipatoria.

Mi ponencia, en función de lo acordado con las entidades gremiales convocantes terminaría aquí, pero mi palabra y mi conciencia han mantenido una buena relación a lo largo de mi vida, o por lo menos, eso he intentado. Es por ello que quisiera transmitir otras cosas que hacen a mi subjetividad. Me refiero a ciertas imágenes que me han acompañado en los días en los que he preparado esta exposición. Imágenes que, sin una racionalidad clara, venían a mi mente y no sería yo si no se las transmito.

El ser humano es un ser entrañable, complejo, contradictorio e imprevisible. Capaz de la mayor de las generosidades y actor también de las mayores aberraciones. Basta mirar con atención la historia de la humanidad. El mundo también lo es: complejo, contradictorio, entrañable. Más allá de ciertas leyes que rigen su dinámica también existen espacios para lo contingente, lo imprevisible, lo que escapa a toda lógica o a todo gobierno, como diría Chico Buarque.

Las imágenes que me acompañaron durante estos días previos eran imágenes que me hablaban del hombre frente a momentos de

convulsión histórica, del ser humano frente a las grandes transformaciones o quiebres civilizatorios, como puede ser el momento histórico actual.

Vino a mi mente la película "Viñas de Ira", del director John Ford, con un Henry Fonda jovencísimo. Una película de los años cuarenta, basada en la novel homónima de Steinbeck y que narra las vicisitudes de una familia de granjeros estadounidenses que emigran a California durante la depresión del 29. Emigran buscando un lugar en el mundo. John Ford era un conservador de pura cepa, pero con esa película homenajeó a las clases trabajadoras y desposeídas del mundo. Verdadera paradoja todo esto.

También vino a mi mente Fedor Dostoiewski, creador para muchos de la novela polifónica. Aquel joven Fedor que continuaba la zaga política de su hermano anarquista, nihilista, tirabombas. Ese Fedor que por azares del destino logra escapar del pelotón de fusilamiento zarista. Luego de obtener el perdón por sus "pecados" políticos, luego de esa tremenda experiencia de estar frente a un pelotón de fusilamiento y recibir la absolución política se tornó en un Fedor monárquico, conservador y profundamente religioso. Y es este Fedor zarista el que homenajeó también a los humillados y ofendidos del mundo. Homenajeó a las prostitutas del mundo a través de Sonienska, una de las protagonistas de Crimen y Castigo. Homenajeó también en esa novela a los jóvenes y pobres estudiantes del interior que emigran a una gran ciudad. A aquellos que buscan una justicia e igualdad universal, aunque sea por manos propias. Pues nadie puede dudar que Raskolnikov, a pesar del doble crimen cometido, es en cierta manera inocente. Nadie puede convencerme de lo contrario, yo lo siento así.

Me visitó también Miguel Hernández, pastor de cabras, militante republicano en la Revolución española, y poeta llano y sencillo como

sus cabras. Miguel Hernández, cuando pastor, descansaba en el campo posando su cabeza en el vientre de alguna cabra que hubiera parido recientemente. Por qué? Porque gustaba escuchar el sonido de la leche llenando las mamas de las cabras y decía que ese sonido lo unía al torrente de la vida, lo colocaba en sintonía con la fuerza de la naturaleza y de la historia. Cuando miliciano revolucionario, cuando las condiciones se lo permitían, también trataba de mantener esa singular manera de reposar, de dormir una siesta.

Y Miguel Hernández vino acompañado de Antonio Machado, otro poeta español, que como el mismo se definía en una de sus poesías, era un hombre "en el mejor de los sentidos de la palabra, bueno". Antonio Machado era profundamente religioso, católico, y adhirió, en la convulsionada España, al Partido Comunista pues el entendía que era la manera o la vía de hacer el Reino de Dios en la Tierra. No sabemos que hubiera pensado hoy al respecto.

Acompañada estas imágenes, luego razoné que no eran imágenes fuera de lugar o de tema. Por qué? Porque en primer lugar nos hablan de momentos o mundos convulsionados política y socialmente. Pero también, por esa misma condición, momentos o mundos fuente de inspiración profunda y honda, de compromiso. Y creo, junto a W. Mills, que las Ciencias Sociales y el propio Trabajo Social tal vez hayan perdido la imaginación o la pasión frente a lo desconocido o frente a lo que nos abrumba.

Estoy retomando el sentimiento de desesperanza que hoy acompaña a mucha gente en este fin de siglo y recordé a un excelente profesor y académico brasilero, el Prof. Dr. Octavio Ianni. En el año 1994, año en que inicié mi mestrado en sociología en Unicamp, él comenzaba a dictar sus cursos sobre globalización. Y él siempre indicaba, ante los debates generados en clase que estábamos en

un palco privilegiado: agonistas y protagonistas de las transformaciones de este fin de siglo. Y creo que es así, este fin de siglo es un escenario subyugante y estamos, en tanto profesionales y seres humanos comunes, en una situación privilegiada para sondear el pulso a las marchas y contramarchas de estas profundas transformaciones.

Debo reconocer que entendí el mensaje de Ianni años después. Entendí dos cosas:

- 1) que este fin de siglo, que es el que nos toca vivir y a mi generación es el que nos toca vivir en nuestra madures, es un espectáculo maravilloso a pesar de las pérdidas, las ausencias y ese sentimiento de desesperanza. Y es maravilloso porque es la potencia de la vida en movimiento, es la fuerza de un sistema que se produce y reproduce con toda su potencia a lo largo y ancho del planeta. Un sistema que reproduce y reproduce con toda su potencia también sus fuerzas y actores colectivos alternativos Y esto es fuente de inspiración pasión académica y profesional.
- 2) También entendimos que Ianni es Ianni y sabe lo que sabe, no sólo por ser sociólogo y profesor, pero también por tener una vida vivida plenamente en sintonía con su tiempo. Humildemente creo que como colectivo profesional tenernos carencias al respecto. Un colectivo profesional apasionado, teórica y técnicamente con su tiempo, es aún un colectivo a crear. Y digo carencia en términos de Heller y Luckás, de carenciamiento radical, que no es sinónimo y ausencia o vacío sino potencialidad, superación y proyección a un futuro que, mas tarde o más temprano, concretará la utopía de Víctor Hugo.

Recebido em 20/04/01. Aceito em 28/08/01.

Referências

ADDA, J. La mondialisation de l'économie. Paris. La Decouverte. 1996. Apud: GÓMEZ, J. *Globalização da Política. Mitos, realidades e dilemas*. Rio de Janeiro. Praia Vermelha. Estudos de Política e Teoria Social – UFRJ. Programa de Pós-Graduação da Escola de Serviço Social -PPGESS, Primeiro Semestre 1997. V. 1, n. 1. p. 7-48.

ADORNO, T. et alii. *La disputa del positivismo en la sociología Alemana*. Mejico. Editorial Grijalbo, 1973.

CALDEIRA, J. *El Mercosur más allá de la economía*. Montevideo. Cuadernos de Marcha, Ene. 1997. III Época. Año XI, n. 123, p. 27-31.

DE MARTINO, M. *La cosificación del método en trabajo social: notas para un problema no estrictamente disciplinario*. Montevideo. Editora Eppal, 1995. Revista Trabajo Social, V. 7, n. 14, p. 24-39.

_____. *Famílias, Gênero e Integração Regional*. Un exemplo no Mercosul: A cidade Rivera-Sant'Ana do Livramento. Uruguai. Campinas. Tese de Doutorado em Ciências Sociais. Universidad Estadual de Campinas – Instituto de Filosofia e Ciências Humanas, 2000. p.331.

_____. *Políticas Sociales y Familia. Estado de Bienestar y Neoliberalismo familiarista*. Montevideo. Dpto. de Trabajo Social – Facultad de Ciencias Sociales. Revista Fronteras. En prensa.

GALEANO, E. *Patatas arriba. La escuela del mundo al revés*. 1. Edición. Montevideo. Ediciones del Chanchito, 1998. p.365.

GRASSI, E. *Neoliberalismo conservador y Estado Asistencialista: reflexiones críticas sobre los alcances*

y resolución de la crisis. São Paulo: Cortez, abr. 1994. En: Serviço Social e Sociedade, v. 15, n. 44. p. 114-134.

GRASSI, E. et alii. *Políticas Sociales. Crisis y Ajuste Estructural*. 1. Edición. Buenos Aires. Espacio Editorial, 1994.

HABERMAS, J. *Problemas de legitimación en el Capitalismo Tardío*. Buenos Aires. Amorrortu, 1975.

HARVEY, D. *A condição pós-moderna: uma pesquisa sobre as origens da mudança cultural*. 4. ed. São Paulo: Loyola, 1994. 349 p.

HELLER, A. *Sociología de la Vida Cotidiana*. Barcelona. Editorial Península, 1977.

_____. *La revolución de la vida cotidiana*. Barcelona. Editorial Península. 1982.

_____. *O Cotidiano e a História*. 3.ed. São Paulo: Paz e Terra, 1989.

LUKÁCS, G. *Historia y Conciencia de Clase*. Barcelona. Editorial Grijalbo, 1975.

_____. *Prólogo del autor a Sociología de la vida Cotidiana de HELLER, A.* Vide cita bibliográfica correspondiente.

MARSHALL, T. *Cidadanía, classe social e status*. Rio de Janeiro: Zahar, 1967.

METHOL FERRÉ, A. *América del Sur ya es América Latina*. Montevideo. Cuadernos de Marcha, Ene. 1997. III Época. Año XI, n. 123, p. 33-36.

_____. *Año de Decisión*. Montevideo. Cuadernos de Marcha. Mar. 1997. III Época. Año XI, n. 125, p. 15-20.

_____. *A. La batalla por América Latina*. Montevideo. Cuadernos de Marcha, Abr. 1997. III Época. Año XI, n. 126, p. 22-26.

MILLS, C.W. *La imaginación sociológica*. 11ª. Reimpresión. México. Fondo de Cultura Económica, 1986. 236 p.

NETTO, J.P. *Transformações societárias e serviço social: notas para uma análise prospectiva da profissão no Brasil*. São Paulo: Cortez, abr. 1996. En: *Serviço Social & Sociedade*. V.17, n. 50, p. 87-132.

OFFE, K. *Partidos Políticos y Nuevos Movimientos Sociales*. Madrid. Editorial Sistema, 1988.

VILAS, C. De. *Ambulancias, Bomberos y Policías: La Política Social del Neoliberalismo*. Buenos Aires. En: *Desarrollo Económico*, Ene.-Mar. 1997. V. 36, n. 144. p. 931-952.

Nota:

- 1 O “crisis de acumulación” como fue definida por Offe (1988).

Endereço – Autora

Departamento de Trabajo Social – FCS

José Enrique Rodó, 1843

CP11200

Montevideo

Uruguay

Fone: 0059824083025/17

Fax: 0059824082560.

e-mail: dts@adinet.com.uy